

## COMO DECÍA QUIROGA

Siempre repetíamos aquella misma frase: «sacadme de la UAL». Era aún más recurrente en época de exámenes, cuando veía a mis amigos estirados sobre la mesa de la biblioteca, recibiendo como plantas la luz de las lámparas que alumbraban unos apuntes llenos de colores. Lo curioso es que, también como los brotes que reciben con ansia al sol, estaban creciendo. Estábamos creciendo. No nos dimos cuenta de ello hasta que nos reunimos en el mismo lugar unos años más tarde: hoy, en concreto.

Hoy nos hemos sentado en los escalones que suben hasta la Nicolás Salmerón después del último día de universidad. Alguien se ha atrevido a decir: «pues ya hemos terminado»; y la realidad nos ha asfixiado por un momento. No nos avisaron de que graduarse implica varias cosas, como que no volveré a esperar con la paciencia de un santo a que mi amiga recuerde su contraseña del campus para alquilar un portátil, o que cesarán las escapadas al Romera a por tostadas entre clase y clase. Tampoco nos sentaremos ya en el banco que hay frente a nuestra aula a comentar el sueño que tenemos a las ocho y media de la mañana. ¿Y los gatos? ¿Volveremos a ver a los gatos?

Entonces, estando allí sentados, me he preguntado si podría volver a visitar esos lugares sin quedar atrapada en la ausencia que van a dejar mis amigos. Por suerte, he comprendido relativamente rápido —no sin antes llorar por esa idea— que esa ausencia se debe a que todos ellos han florecido, el esfuerzo ha dado sus frutos y al final no ha hecho falta que nadie nos saque de aquí. Lo hemos conseguido nosotros solos y un poco como decía Quiroga: con náuseas al comenzar y satisfacción al concluir.